

propia conciencia y criterio para decidirse por la creencia que quisiera seguir, y despues mantener su decision con cuerpo y alma. Esta idea coloca la conciencia y el criterio personal en lugar de la rutina, y el juicio y la conviccion propios en el de la sumision maquinal bajo una autoridad aceptada y transmitida tan solo por la tradicion. El protestantismo hizo descubrir al hombre dentro de sí mismo su propio centro de gravedad moral y le convirtió en «su propio papa y emperador,» como se dijo entonces, dando así al individuo un valor nuevo infinitamente mayor que el que jamás nadie habia sospechado; le hizo verdaderamente libre, y si al mismo tiempo le dejó expuesto á los peligros de la nueva libertad, le dió tambien las fuerzas necesarias para triunfar de estos peligros (1).

(1) El protestantismo no proclamó el propio criterio y la conviccion propia en materia religiosa, pues en la *Historia de la Reforma* vemos que Lutero condenó que se tomase la razon por guia en esta materia. Lo que contribuyó poderosamente á la propagacion de la Reforma fué la codicia de los príncipes y magnates, excitada por las inmensas riquezas del clero católico, de las cuales se apoderaron so pretexto de religion, así como el clero las habia adquirido no siempre por buenos medios. La política y los intereses mundanos entraron por mucho en aquellos sucesos. Tampoco el protestantismo dió al individuo los me-

Naturalmente, con los individuos adquirió el país, el Estado ó sea la colectividad política, una importancia nueva muy diferente de la conocida hasta entonces; el Estado ganó los bienes y muchas atribuciones que la Iglesia perdió; además rompió las ligaduras que le habian tenido sujeto; comprendió su mision verdadera; dejó de ser siervo de un poder extraño, y pudo cuidarse directamente de cuanto le interesaba. Hasta las formas políticas se multiplicaron de un modo desconocido. Digno de notar es que con el protestantismo se comunicaron á la organizacion civil muchas veces las formas republicanas de las feligresías de la religion nueva, y tendieron á empujar al Estado mismo en aquella vía, como que justamente entonces se consolidó la república suiza, y no tardó mucho en formarse la república de los Países Bajos, mientras los hugonotes meditaban establecerse en república en su país. En cambio se observa que donde predominó el luteranismo robusteció el poder y pujanza de los dueños territoriales tan temibles para los monarcas absolutos como las organizaciones republicanas.

dios de evitar los peligros de la libertad; y la experiencia está probando que esos peligros son cada vez mayores para la causa protestante, que decae en todas partes reemplazada por el catolicismo ó por la indiferencia religiosa. (N. del T.)

LIBRO SEGUNDO

LA DESCOMPOSICION DEL PARTIDO PROTESTANTE EN ALEMANIA

EL PROTESTANTISMO EN ALEMANIA

Las resoluciones del parlamento de Augsburgo del año de 1555 habian creado un nuevo modo de ser para Alemania, pero solo en el papel; faltaba darle vida y ensayarlo en la práctica; era una máquina nueva y solo faltaba hacerla funcionar.

El nuevo carácter que estas resoluciones habian dado al Imperio hizo que este desapareciera de la escena de la historia general.

Por de pronto continuó viva la necesidad general de reposo, que habia conducido á la paz. Las pasiones religiosas enemigas parecian aplacadas, y los hombres dispuestos á vivir en adelante en buena vecindad y concederse mútua tolerancia religiosa. En una relacion de aquel tiempo se lee que en los pueblos de religion mixta se reparaba muy poco en si uno era protestante ó católico; que hasta en las familias habia miembros de una y otra religion; las habia en que los hijos vivian segun una religion y los padres (1) segun otra, y entre hermanos hasta se encontraba esta diferencia, y sin reparo se efectuaban matrimonios mixtos.

Entretanto el protestantismo llevaba ventaja al catolicismo é iba en constante aumento, tanto que entonces se arraigó en muchos países alemanes muy católicos como en Austria y Baviera. Los tres príncipes electores láicos profesaban la religion reformada, y lo mismo los demás soberanos láicos, á excepcion de las casas de Austria, Baviera, Cléveris y dos de las cuatro líneas güelfas (2); y aun en estas dos, las de Wolfenbüttel y Grubenhagen, la primera sucesion puso en los tronos respectivos príncipes protestantes, mientras los soberanos acérrimamente católicos como el rey Fernando de Austria y el duque Alberto de Baviera se vieron precisados, para evitar agitaciones peligrosas en sus dominios, á conceder á sus vasallos protestantes la comunión en ambas formas, como hizo Fernando en el año 1556 respecto de la Austria Baja, y la provision de curatos en sacerdotes casados.

La doctrina reformada ganó tambien mucho terreno en los principados y demás dominios eclesiásticos, especialmente en los obispados del Norte. Los soberanos láicos protestantes de ningun modo quisieron renunciar á colocar como antes miembros de su familia en las sillas episcopales, y ó no hicieron caso de la reserva eclesiástica incluida en el convenio de paz de 1555, ó justificaron su violacion con argucias especiosas, diciendo que la reserva solo hablaba de los príncipes prelados eclesiásticos católicos que se pasaran á la doctrina reformada, en cuyo caso debian perder sus obispa-

(1) Los hijos casados, la familia joven profesaban la religion protestante, y los abuelos y suegros la católica. (N. del T.)

(2) De Brunswick, Hanover, Luneburg, etc.

dos, pero no prohibia que un cabildo eclesiástico, despues de haberse hecho protestante, pudiese elegir para obispo á un protestante. Así fueron elegidos muchos obispos reformistas, si bien no siempre de buena voluntad, porque no faltaron cabildos recalcitrantes. En tales casos, el príncipe interesado en la eleccion empleaba amenazas y, si necesario era, hasta la fuerza bruta. De esta manera cayeron el arzobispado de Magdeburgo en manos de un príncipe de Brandeburgo, el de Bremen en las de un príncipe de Brunswick, y los obispados de Osnabrück, Halberstad, Lübeck, Ratzeburg, Verden, Minden, Merseburgo, Naumburgo, Meissen, Brandeburgo, Havelberg, Lebus, Schwerin y Camin, ó estaban en poder de protestantes ó tenian obispos que se inclinaban á la religion reformada ó hasta la profesaban públicamente é impulsaban su propagacion y dominio definitivo en su territorio. En fin, los territorios eclesiásticos de la Alemania del Norte, que en 1555 no habian adoptado la religion protestante, la adoptaron en los años inmediatos, y hasta se estableció en los obispados de Osnabrück y Paderlorn á pesar de los esfuerzos desesperados de su obispo archicatólico, de la familia condal de Hoya. Aquella reserva eclesiástica incluida en la paz religiosa quedó en la práctica letra muerta, y ni el emperador Fernando I ni Maximiliano II consiguieron detener la corriente, y se vieron obligados á reconocer en sus dominios episcopales como feudatarios del Imperio á los obispos protestantes, aunque el Papa, segun era natural, no los confirmó como obispos.

Verdad es que en el Mediodía y Oeste de Alemania, donde predominaban los soberanos católicos de Austria, Baviera y los tres príncipes electorales eclesiásticos, no hacia el protestantismo progresos tan grandes como en los demás Estados; pero no solamente se introdujo tambien allí, sino que se fué extendiendo en ellos. Los príncipes eclesiásticos que eran católicos no pudieron impedir que muchos habitantes de sus ciudades como del campo, la nobleza y hasta gran número de sus empleados y servidores se pasaran á la nueva doctrina, tanto que en el obispado de Bamberg todos los curatos rurales estaban en manos de eclesiásticos luteranos, y en los mismos territorios de los electorados eclesiásticos la religion católica arrastraba una existencia menguada, porque tambien allí habia penetrado en los ánimos la idea moderna.

El deseo de disfrutar de tolerancia religiosa y de ver desaparecer dogmas y costumbres chocantes era general. La doctrina del Purgatorio perdió su fuerza; las procesiones y romerías cayeron en desuso; las imágenes de santos quedaron olvidadas en sus santuarios; y los conventos se despoblaron, porque los frailes se hicieron curas y se casaron. Un autor de aquella época dice que de cien curas párrocos apenas uno era soltero, é innumerables eran los casos en que sacerdotes

casados tenían que atender al culto de parroquias católicas romanas. La veneración á la cabeza de la Iglesia romana menguó tanto, que el vicedirector del Imperio, Seld, dijo en un informe redactado para el emperador Fernando: «Antes estaba poco menos que adorada la silla de San Pedro, y hoy es despreciada; antes se temía la excomunión papal más que la muerte, y hoy excita la burla. La vida y las costumbres de Roma son hoy tan conocidas en todo el mundo, que apenas hay persona, cualquiera que sea su condición, sea católica ó protestante, á quien no inspiren asco.

En una palabra: toda la Alemania estaba saturada de protestantismo, cuyos adeptos formaban, según un cálculo del año 1558, las nueve décimas partes de la población total. El protestantismo prevalecía en la enseñanza que le debió un progreso asombroso; todas las Universidades de nota eran adalides de la idea protestante; casi todas las personas letradas profesaban la religión reformada; los maestros y catedráticos católicos que enseñaban en las Universidades fueron muriendo, y en las vacantes que dejaron fueron colocados partidarios de la Reforma con contadas excepciones, porque los curas católicos y aun los obispos eran verdaderos tipos de ignorancia y rudeza, fuera de algunas pocas personas civilizadas é instruidas. Así se formó pronto una verdadera clase de sabios y eruditos protestantes, y se puede decir que el catolicismo había llegado á ser en Alemania una anomalía que al parecer se iba extinguiendo.

En este estado de cosas bien podía temerse que la paz religiosa del año 1555 tendría cortísima duración, y que pronto sería necesario organizar sobre bases nuevas el Imperio, que dentro de un plazo muy corto no podría menos de ser enteramente protestante, abandonándose la base de la igualdad de derechos de las dos religiones, y estableciéndose la de una sola religión.

Las cosas, sin embargo, tomaron otro rumbo, y muy pronto se levantaron obstáculos contra los cuales se estrella la robusta y sana corriente.

Uno de estos obstáculos fué el emperador.

FERNANDO I Y MAXIMILIANO II

El emperador Carlos V había acariciado durante largos años, cuando la fortuna protegía sus empresas, la idea de dejar á su hijo Felipe aquel Imperio, más vasto que ninguno de los que la historia en millares de años había conocido; pero al fin renunció á esta idea después de haber probado diferentes veces á realizarla, ya de una, ya de otra manera. Dividió, pues, la monarquía universal reunida bajo su cetro dando á su hermano Fernando, á quien á su tiempo había hecho elegir rey de Alemania, los países austríacos, con la sucesión á la corona imperial, y dejando á su hijo Felipe la parte del león, á saber: la España, núcleo del Imperio, con Nápoles, Sicilia, Milán, los Países Bajos y todas las posesiones coloniales. Proporcionándole además la mano de la reina María de Inglaterra, creyó haberle indemnizado ampliamente de los dominios austríacos alemanes cedidos á su tío Fernando. Con esta división resultó abandonada la idea de la monarquía universal, que al parecer pudo realizarse en la persona de Carlos V, pero que con la muerte de este soberano quedó relegada al mundo de las ilusiones.

El emperador Carlos desde el establecimiento de la paz religiosa se abstuvo de toda inmiscuición en los asuntos interiores de Alemania, tanto que en el parlamento del año siguiente, 1556, ni siquiera se hizo representar por un enviado, de suerte que su hermano el rey Fernando reinó con entera independencia. En marzo de 1558 dió el emperador el paso decisivo de abdicar la corona imperial de Alemania á favor de

su hermano el rey Fernando, por medio de una embajada que entregó este documento á los príncipes electores reunidos, los cuales, después de leído en sesión solemne, admitieron la renuncia y proclamaron á Fernando I emperador de Alemania. El nuevo emperador volvió entonces á declarar con juramento solemne que aceptaba la capitulación que había firmado y jurado en 1531 cuando fué elegido rey de Romanos, ó sea sucesor presunto de la corona imperial, capitulación que le fué presentada de nuevo aumentada con las resoluciones del parlamento de 1555. Este nuevo juramento era una garantía de la duración del nuevo orden de cosas en Alemania.

Fernando I, fundador de la línea alemana de la casa de Habsburgo, era de índole muy distinta de la de su hermano. Carlos se mostraba reservado, grave y flemático; Fernando al contrario era franco, ostentoso, dádivo alegre, laborioso, puntual, enemigo de la guerra y amigo de las artes y ciencias. Tampoco le dominaba el convencimiento de la dignidad de monarca de que estaba revestido, como sucedía con su hermano, pues de otro modo no habría jurado y vuelto á jurar la capitulación en Augsburgo, con la cual había renunciado al poder imperial contentándose con el mero título.

El reinado de Fernando no fué turbado por conmociones, porque en el interior no tuvo que luchar con dificultades graves, y en el exterior procuró evitarlas. En Alemania dependió como emperador, en general, de la buena voluntad de la nación y del parlamento. No era hombre de grandes resoluciones, y prefería hacer concesiones y sacrificios á lanzarse á empresas arriesgadas. Por eso no sostuvo el honor del nombre alemán ni los intereses de Alemania en ningún terreno, ateniéndose á las resoluciones flojas que salieron de los lentos debates del parlamento. Por acuerdo de esta asamblea reclamó en 1559 en términos muy pacíficos la restitución de los obispados de Metz, Toul y Verdun, cedidos poco antes á Francia, la cual por supuesto no hizo el menor caso de la reclamación cuando con alguna decisión y energía habría sido entonces muy fácil recobrar para el Imperio aquellos territorios. Las provincias bálticas, la Livonia en particular, colonizadas por alemanes, pero amenazadas por los vecinos rusos, solicitaron contra estos el auxilio del Imperio; pero Fernando les contestó con vanas promesas, y ni siquiera supo escarmentar á los turcos que eran un peligro directo para los estados hereditarios de la casa de Austria, antes bien concertó con estos enemigos en 1562 una paz por solos ocho años, durante los cuales se obligó á pagar un tributo conformándose con las pérdidas sufridas hasta entonces.

Se ha querido elogiar á este emperador por haber aceptado sinceramente las resoluciones del parlamento de Augsburgo del año 1555, y la situación por ellas creada; pero bien mirado, era muy natural que procediese así, pues de otra manera habría destruido la paz antes que esta hubiese tenido tiempo de consolidarse, y se habría enajenado las simpatías de los alemanes precisamente cuando el papa Paulo IV, indignado de su elección, se había negado rotundamente á reconocerle como emperador. En semejante situación no podía Fernando faltar á su juramento de observar las resoluciones del año 1555.

También se ha ponderado grandemente su actitud mediadora entre las dos religiones, la vieja y la nueva, así como su imparcialidad en materia religiosa; y en efecto es muy cierto que, lejos de ser fanático brutal, deseó sinceramente la consolidación de la paz en el interior del Imperio; pero también es verdad que era católico acérrimo, y si se mostró tolerante no fué por convicción, sino por la fuerza de

las circunstancias. En su juventud había sido adversario resuelto de Lutero, tanto que en 1539 prohibió bajo penas severas la asistencia á las aulas de la universidad de Wittemberg, y después, siendo ya emperador, manifestó su odio á los que «se separaban inicua mente de la Iglesia católica, tomando la comunión en ambas formas y no como la tenía desde antiguo establecida la Santa Madre Iglesia.» En 1554 prohibió la comunión en ambas formas bajo penas severísimas en sus Estados hereditarios, y si después la concedió juntamente con el casamiento de los curas, fué para no excitar contra sí á sus súbditos que eran en su mayoría protestantes. Por lo demás, no dió á estas concesiones gran importancia, pues decía que el sacramento de la Eucaristía como lo administraba la Iglesia católica no estaba ordenado así por Dios, sino por la Iglesia, y que un siglo antes un antecesor suyo había permitido á los bohemios la comunión en ambas formas. El papa Pío IV sancionó á solicitud suya esta concesión en el breve del 16 de abril de 1564 bajo la condición de que los que hicieran uso de ella mostraran su conformidad con todas las demás doctrinas de la Iglesia católica y declarasen expresamente que la Iglesia no erraba al administrar el sacramento citado en la forma que lo hacía. Para hacer estas declaraciones era menester ser católico creyente porque eran enteramente incompatibles con la profesión de fé de Augsburgo. Los protestantes lo consideraron así, y cuando Fernando conmemoró la concesión con una medalla, apareció también otra que representaba en un lado un farol con la inscripción: «Quisiera ver mejor.»

Era al fin una concesión arrancada á la fuerza. Fernando trató duramente á su hijo Maximiliano por sus aficiones protestantes; Maximiliano se lamentaba de las persecuciones que su padre hacía sufrir á los predicadores de la nueva doctrina, y en 1561 escribió, hablando de su padre: «S. M. continúa en materia de religión tan violento como antes.»

Fernando manifestó también su opinión archicatólica cuando en 1560 recibió á Hosius, obispo de Varmia, enviado del papa Pío IV, con el cual se mostró gozosa y completamente conforme en la primera audiencia al exponerle el obispo la verdad de la religión romana y la nulidad de las doctrinas heréticas. Dos años después, en el mes de mayo, prohibió por un edicto en sus Estados hereditarios los sermones de los predicadores luteranos. Lo que en realidad deseaba, pues, en el fondo de su corazón no era la concordia y coexistencia pacífica de las dos religiones, sino el exterminio de todas las herejías y la vuelta de los protestantes á la Iglesia de Roma. A este fin no cesó de trabajar, si bien con cautela, hasta que entró en negociaciones con los teólogos moderados Wicel y Cassander; pero estaban todavía en los preliminares, cuando la muerte arrebató al emperador el 25 de julio de 1564.

Las esperanzas que los alemanes habían cifrado en Maximiliano II, hijo y sucesor de Fernando, quedaron defraudadas porque éste no correspondió á los deseos de la nación.

Maximiliano tenía la misma edad que su primo el rey de España Felipe II; ambos nacieron en el año 1527, Felipe en mayo y Maximiliano en julio, y tan diferentes eran en carácter como sus padres. El Habsburgo español poseía todas aquellas cualidades cuyo conjunto hace grandes y terribles á los soberanos absolutos: fanatismo siniestro, suspicacia, cálculo, disimulo, astucia, carácter huraño y afán de ser objeto de veneración mística; su primo alemán reunía en cambio buen número de las cualidades que hacen al gobernante popular entre sus súbditos; era naturalmente benévolo, franco, campechano, afable, con maneras de hombre de mundo, comunicativo y sociable; tenía mucho talento natural, mucha inteligencia é instrucción; se intere-

saba por todo y era tan laborioso como su padre, lo que hizo decir á su vicedirector: «Si este señor fuese secretario ó canciller nos dejaría atrás y nos ruborizaría á todos cuantos somos escribientes suyos.» Desgraciadamente era también voluble é impresionable, y en esta disposición se franqueaba impremeditadamente, haciendo promesas y contrayendo compromisos. Le faltaban profundidad, firmeza y formalidad.

En 1548 pasó á España, donde se casó con su prima María, hija de Carlos V, y permaneció allí dos años, en cuyo tiempo el emperador le había nombrado regente durante la ausencia de su hijo. En 1550 volvió á Alemania, donde se turbó su buena inteligencia con Carlos con motivo de los planes de sucesión del emperador, y entonces entró Maximiliano en relaciones con el príncipe elector de Sajonia, Mauricio, y con el hermano de éste, Augusto. Sin embargo, no tomó parte por entonces en la oposición de los príncipes protestantes, y al contrario se puso, por lo menos exteriormente, del lado del emperador durante la insurrección (1) del año 1552. Entonces, después de haber sido siempre buen católico romano, empezó á interesarse por la religión protestante; probablemente á consecuencia de las estrechas relaciones que entabló con varios príncipes protestantes, particularmente con el duque Cristóbal de Wurtemberg y con el predicador de palacio del mismo duque, Sebastian Pfäuser, bajo cuya dirección se dedicó al estudio de la Biblia y de los escritos de Lutero y otros reformadores. Entró también Maximiliano en correspondencia con Melancton, y en sus cartas dirigidas al duque Cristóbal y escritas en tono confidencial y franco, se declaró hasta adepto de la doctrina nueva y purificada, y mostró por su propagación el interés más vivo, así como su deseo de ver desaparecer las divisiones entre los protestantes. También expresó la grandísima esperanza que le inspiraba el joven rey de Francia, Francisco II, del cual decía que se inclinaba á la Reforma, lo que «no era poco.» Hasta se le escapó á su pluma la expresión «nuestros enemigos» al hablar de los partidarios de la Iglesia romana. A pesar de que no rompió pública y francamente con la Iglesia católica, muchos le consideraron luterano. En efecto, aunque oía misa, observaba los ayunos y escuchaba los sermones de los eclesiásticos católicos, al mismo tiempo estudiaba el protestantismo bajo la dirección de Pfäuser, y prefiriendo no comulgar á tener que hacerlo según el rito católico, se disculpaba diciendo que en esto no hacía más que seguir la opinión de los católicos romanos más ilustrados.

De todo esto se desprende que, dado su genio vivo é impresionable, le cautivó la novedad en el terreno religioso como en todo y se aficionó á la doctrina protestante; pero si á ella le hubiesen inclinado su corazón y conciencia, como le inclinó su talento, no se habría quedado en mitad del camino, ni menos se habría vuelto atrás con la facilidad con que lo hizo; más probable es que su afecto á la religión nueva fuera solo para él un medio de figurar, como tantos otros herederos de tronos, entre los que hacían oposición al gobierno existente. Así es que Maximiliano no se abstuvo de decir que su padre había hecho mal en incluir en la paz religiosa la reserva eclesiástica y en haber enviado al camarero Guzman á Roma para solicitar del Papa el reconocimiento de su elección para el trono imperial. Según Maximiliano, su padre debería haber prescindido del Papa, y cuando supo que éste había recibido al enviado Guzman con mucho desprecio, escribió al duque Cristiano: «Bien merecido tiene S. M. este chasco; ojalá produjera efecto.»

(1) De los magnates.

Quizás el emperador Fernando llegó á temer que su hijo se hiciera protestante de veras, porque despues de haberle amonestado bondadosamente le mandó despedir á Pfäuser. Maximiliano obedeció, pero quedó con su maestro espiritual en correspondencia, empleando una escritura en cifras. En el verano del año 1560 llegó la tirantez entre padre é hijo á tanto, que este último concibió el proyecto de huir para librarse del rigor de su padre y de la influencia del partido católico. A este efecto dirigióse á los príncipes protestantes, con los cuales tenia relaciones de amistad, á los electores del Palatinado y de Sajonia, al duque de Wurtemberg y al landgrave de Hesse solicitando su consejo y en caso de mayor opresion su auxilio. Contestáronle los primeros en términos corteses y benévolos; el duque Cristóbal le ofreció asilo en su territorio, y el conde del Palatinado Federico III le escribió que le recibiría con los brazos abiertos si su padre le desterraba, y que le prestaría su auxilio en caso de amenazarle peligro de parte de los católicos.

Significativo es para la opinion que se tenia de Maximiliano que justamente entonces corrieron voces de que este príncipe se había sometido á la voluntad de su padre en la cuestion religiosa. La verdad es que en este concepto ninguna confianza inspiraba el hijo del emperador, como se hizo patente cuando el obispo Hosius llegó á Viena, porque tan luego como hubo hecho conocimiento con el príncipe, le hizo cambiar de opinion. En efecto, Maximiliano declaró entonces al embajador español, conde de Luna, que tenia intencion de hacer educar á su hijo mayor como español, es decir, que queria hacerle educar en los principios católicos. Solo se mantuvo firme en la cuestion eucarística y declaró que antes de comulgar segun el rito católico, preferia abstenerse de la comunión, si bien prometió solicitar del Papa el permiso de comulgar en ambas formas. Así lo hizo por medio de una embajada que envió á Roma en otoño del año 1561, todo sin perjuicio de escribir desahogos protestantes al duque de Wurtemberg.

Por mi parte me inclino á creer que no fué falta de valor lo que indujo á Maximiliano á mostrarse tan informal, sino la idea ó creencia innata é inculcada desde la cuna de que un rey de Romanos y futuro emperador y además Habsburgo debía ser católico fidelísimo. Este sentimiento tradicional no excluía un interés verdadero por la doctrina nueva, y de ahí que en sus cartas á amigos protestantes se desahogaba como suele suceder á las personas vivas que manejan la pluma con facilidad y que sienten realmente lo que escriben en un momento dado, pero que, pasado éste, varian á la primera ocasion.

Se comprende que no costara mucho al obispo Hosius, secundado por el emperador, reducir al variable y en realidad superficial príncipe al redil de los creyentes. Bastó que su padre le hiciera notar que los Habsburgos españoles quedaban reducidos á dos individuos, el rey Felipe y su hijo el enfermo y débil Carlos, sin probabilidad de que ni aquel ni éste llegaran á perpetuar la raza; de suerte que Maximiliano debía de heredar infaliblemente en un plazo mas ó menos largo la monarquía española, y ni la corona real de España ni la imperial de Alemania podían ser llevadas por un hombre que no fuese buen católico. A estas razones añadió el padre la amenaza de despojarle de todos los honores y grandezas que le había concedido, y entonces el hijo le declaró que ya se había convencido del error en que vivían los protestantes y que opinaba que la mayor parte se convertiría cuando sus eclesiásticos cesaran de darles mal ejemplo.

Desde entonces volvió á ser Maximiliano hijo obediente de la Iglesia; tomó parte en las procesiones, ofrendas y de-

más actos solemnes del culto católico, de los cuales se había tenido alejado algun tiempo; también admitió en calidad de predicador de palacio al excelente y acérrimo católico, el obispo Urbano de Gurk, y si continuó comulgando en ambas formas, fué para demostrar que si era buen católico, lo era como persona ilustrada.

En febrero de 1562 declaró solemnemente á los enviados de los príncipes electores eclesiásticos reunidos en Praga «que queria vivir y morir como sus mayores, hijo obediente de la Iglesia.»

Treinta años despues Enrique IV de Francia abandonó su fé religiosa para ceñirse la corona de Francia, y con este sacrificio devolvió á su patria arruinada la paz y la union; mas para Maximiliano no había necesidad de sacrificar su conviccion religiosa (se entiende si realmente estaba convencido de la bondad de la doctrina reformista), pues que ninguna ley mandaba que para ser emperador de Alemania fuera necesario ser católico, y si lo desearon y reclamaron así los príncipes electores eclesiásticos, es también seguro que los otros príncipes laicos y protestantes no le habrían negado su voto si Maximiliano se hubiese declarado francamente protestante. En cuanto á la masa del pueblo alemán un emperador protestante habría sido para él una fortuna incalculable, pues en lugar de ser causa de guerra interior habría consolidado la paz.

Lo que no quiso hacer Carlos V cuando el parlamento estableció en 1555 la paz religiosa, pudo haberlo hecho con inmenso beneficio de la nacion y del imperio Maximiliano, á saber: convertir la causa del protestantismo en causa nacional; pero Maximiliano era para esto demasiado superficial, y cuando hubo llegado el momento de decidirse, solo se acordó de que era Habsburgo. Sabia que tenia asegurada la corona imperial con tal que se mostrara fidelísimo hijo de la Iglesia romana, y esto le bastaba; pues estando seguro de los votos de los príncipes electores de Sajonia y Brandeburgo no tenia que hacer para asegurar su eleccion mas que contentar á los tres príncipes electores eclesiásticos; cuanto mas que su eleccion tenia la aprobacion de todos los magnates alemanes en general. Solo el príncipe elector del Palatinado, Federico III, empezaba á oponer dificultades ya en la primavera del año 1561, por el temor de que la dignidad imperial llegara á ser hereditaria en la casa de Austria. En efecto, elegido Maximiliano, sería éste el quinto emperador de la familia y casi en línea directa, siendo además ya entonces la familia de Habsburgo la mas poderosa en toda la Alemania, y si, como era probable, heredara la corona de España, se podría hacer dueño absoluto de Alemania y entonces los príncipes y demás magnates del Imperio se convertirían de amos en súbditos. «Respecto de la persona de Maximiliano nada hay que objetar,» dijeron Federico III y sus consejeros, «sino que no se saben sus verdaderas intenciones tocante á la cuestion religiosa.» A esto añadía Federico que para atender á las quejas de la nacion sería mejor que la dignidad imperial pasara á otra familia.

Cuando Federico III vió que los otros príncipes electores estaban ganados para la causa de Maximiliano, cedió también, pero bajo la condicion de que éste firmara una capitulacion en la cual se obligara entre otras cosas á no molestar á los miembros del Imperio con el concilio romano, á mejorar y vigorizar la paz y la libertad religiosas, á no perseguir á ninguna de las religiones protestantes con el pretexto de ser sectas, y finalmente á no solicitar el auxilio de los turcos sino solo en caso de verdadera necesidad, y entonces á no pedir auxilio en dinero, sino solo en hombres. Sin embargo, prescindiendo de estas observaciones, fué elegido Maximiliano rey de Romanos unánimemente por los príncipes elec-

tores en Francfort en 24 de noviembre de 1562, y el dia 30 del mismo mes juró el recién elegido la capitulacion con pocas modificaciones con el acostumbrado ceremonial católico.

La posicion de Maximiliano era desde el primer instante falsa porque había contraído compromisos con los católicos y con los protestantes; á estos últimos, particularmente al príncipe elector de Sajonia, Augusto, y al duque Cristóbal de Wurtemberg, había asegurado por escrito que si llegara á ser elegido rey de Romanos profesaría públicamente la religion protestante; pero al ser elegido juró, segun era costumbre, que sería servidor sumiso y fiel de la Iglesia romana.

Inútil es decir lo que fué para la nacion alemana un jefe an informal y egoísta. Su reinado se diferenció poco del de su predecesor respecto de la política exterior, que era mezquina por demás hasta en los momentos mas importantes, pues aunque en todo alrededor de Alemania estaban conocidos los pueblos mucho mas que en tiempo de Fernando, por ningun lado mostró Maximiliano energía, ni resolucion, ni valor, ni siquiera tenia patriotismo alemán; de modo que le faltaba todo, hasta la voluntad, de excitar á los que representaban la nacion alemana, los magnates territoriales, á acciones enérgicas y nacionales. No le pasó por las mientes aprovechar los sucesos que conmovían la Francia para reclamar los tres obispados perdidos, ni le ocurrió asir la ocasion que le ofrecia la insurreccion de los Países Bajos contra la tiranía española, para restituir al Imperio alemán aquel país que siempre había formado parte del Imperio; y á pesar de todas las instancias de los príncipes alemanes no quiso intervenir en aquel territorio en favor del pueblo tiranizado por el duque de Alba. Los clamores de auxilio de los alemanes de las provincias bálticas tampoco fueron atendidos, ni en general ningun interés nacional alemán; y si tomó las armas contra los turcos fué porque peligraban los dominios de la casa de Austria mas todavía que los intereses alemanes. Al fin la gran campaña que contra el sultan Soliman, el terror del Occidente, emprendió Maximiliano no dió mas resultados que la pérdida de Sigeth, tan heroicamente defendida por Zriny, y una paz vergonzosa que dejó en poder de los turcos las plazas mas importantes de Hungría y obligó al emperador á pagar como su padre un tributo anual al sultan. Maximiliano no cesó de pedir á los alemanes en todos los parlamentos auxilio contra los turcos y los magnates se lo concedieron continuamente en abundancia, pero jamás volvíó á emprender la lucha contra el enemigo de la cristiandad, ni cuando se aliaron contra él España, Venecia y el Papa, ni despues de haber alcanzado los aliados la victoria de Lepanto.

A pesar de haber resultado una fortuna para Alemania su separacion de la monarquía española, no dejó Maximiliano de trabajar con el mayor empeño para preparar la reunion de ambas coronas, y sin parar mientes en que su primo y cuñado, el rey Felipe II, era el enemigo declarado de la libertad religiosa, y el adalid implacable del catolicismo, envió á sus hijos á Madrid para hacerlos educar allí. Despues cuando la muerte de la tercera esposa dejó á Felipe II otra vez viudo en 1568, no paró Maximiliano hasta hacerle contraer cuartas nupcias con su hija Ana añadiendo á su condicion de cuñado la de yerno. Con este enlace y la muerte del infante don Carlos pareció asegurada á Maximiliano ó á sus hijos y descendientes la sucesion en el trono de España y la reconstitucion del Imperio de Carlos V; y si antes había atendido Maximiliano solo á los intereses de los Habsburgos, mas lo hizo en adelante. Habiéndose extinguido en 1572 con la muerte del rey de Polonia Segismundo Augusto la descendencia masculina de los Jagellones, no perdonó Maximiliano medios hasta que le interrumpió la muerte para agregar la corona de aquel reino á las que tenia ya la familia

de Habsburgo, y como esto solo se podia lograr con el apoyo del Papa, se hizo entonces mas que nunca servidor de Roma. Una de las facciones polacas había elegido ya á Maximiliano y éste había ya firmado el convenio que se le había presentado, cuando la muerte libró á la Alemania de este emperador y de la triste suerte de precipitarse en una guerra de sucesion enteramente ajena á sus intereses.

Lázaro de Schwendl calificó perfectamente á Maximiliano II y á su gobierno, cuando escribió que toda la nacion



WAHRE ABBILDUNG
M. MATTHIÆ FLACII
ILLYRICI, THEOLOGI. 1574

alemana había recibido á este emperador con júbilo, porque había mostrado desde muy jóven un corazón franco y verdaderamente alemán, pero que desde que no intervino en los Países Bajos para poner coto á aquellos horrores, se vió que mas atendía al interés de los potentados extraños que al del Imperio, y fué aumentando la desconfianza en uno de los dos partidos, sin que fuese posible hacerla desaparecer en el otro. «Fácil será, añadía, que suceda algo que cual ráfaga súbita inflame el fuego que arde oculto.»

Pasemos ahora á examinar la situacion interior del Imperio y veamos lo que allí se hizo en el reinado de Maximiliano.

DISCREPANCIAS ENTRE LAS DOCTRINAS PROTESTANTES

Para hacer de Alemania un imperio protestante habría sido menester que el protestantismo se conservara sano, robusto y lozano; mas no fué así, pues desde muy temprano empezó á enfermar de mas de un desarreglo interior, y esta fué otra